



Storytelling Club: Historias de crisis

(20 minutos aprox.)

Inundación: El mar en nuestro salón

Uriah de Lasan, Filipinas

Vivimos en la costa de Filipinas; es un lugar magnífico. Me encanta el agua y bañarme. Todos los días, antes de ir a la escuela, me baño con mis hermanos. Es la forma más fácil y divertida de lavarse por las mañanas.

Pero una vez tuvimos problemas de verdad con el agua. Era al final de la tarde y estábamos solos en casa. En realidad, tenía que cuidarnos mi tío, pero este dormía profundamente, ya que cuando trabaja en el turno de noche siempre duerme por la tarde. Yo estaba jugando en el suelo con mis dos hermanos pequeños cuando, de repente, vimos cómo entraba agua en la casa. No dejaba de entrar agua y pronto se formó gran charco. Me fui gritando a la habitación de al lado para despertar a mi tío, pero solo murmuró que estuviera tranquilo y siguió durmiendo. Intenté explicarle otra vez la situación, pero no me escuchaba. Entonces pensé «Bueno, esto es lo que hay», y decidí pasar a la acción.

Lo primero que hice fue ordenar a mis hermanos que dejaran de bañarse en el agua de la inundación, porque sabía que podía traer enfermedades. Les envié arriba y les dije que esperaran y miraran un libro ilustrado. Tan pronto como pude, cogí los muebles y los objetos más pequeños y los llevé al piso de arriba. ¡Os prometo que pesaban mucho! Pero de algún modo, lo logré. Me sorprendí de todo lo que pude cargar arriba en tan poco tiempo, y ni siquiera tuve tiempo de pensar si estaba cansado o hecho polvo. Hice lo que pude. Entonces oí a mi madre en la puerta. Entró corriendo en casa, preocupada, y casi atropella a mi tío, que estaba plantado y somnoliento en la puerta, admirando el charco en el salón. Ambos se me quedaron mirando. Jamás olvidaré la admiración y el orgullo en sus ojos al ver que había salvado nuestras pertenencias. Tenía seis años y mi madre todavía cuenta hoy cómo conseguí salvar a mis hermanos y todas nuestras cosas de la inundación.

Terremoto: La chica extranjera

Marcelo Flores, Chile



Me llamo Marcelo y vivo en Chile, ese país estrecho y muy largo en Sudamérica. Cuando tenía seis años e iba a primero, llegó una niña nueva a nuestra clase. Era europea y no hablaba nada de español. La profesora la sentó en la mesa de al lado. Yo era tan tímido que en todo el día solo fui capaz de mirarla de reojo y con cautela. Durante el recreo la vi de pie, sola, junto a la valla, pero no me atreví a acercarme a ella.

Al día siguiente, cuando entré a clase ya estaba allí, sentada en su mesa. Tocaba clase de plástica, pero ella no tenía la cartulina que teníamos que llevar ese día. Probablemente, no entendió las instrucciones de la profesora. Por suerte, mi madre me había dado dos cartulinas, así que pude darle una a ella. La aceptó agradecida y me sonrió. Mi corazón dio un brinco y me puse un poco colorado. Entonces, empezamos a hacer máscaras de animales. El tema eran los «animales de la granja» y yo hice una máscara de buey. La chica extranjera hizo una máscara de gato. Una vez acabadas las máscaras teníamos que atárnoslas a la cabeza con una cinta elástica. Menos mal que mi madre me había dado cintas de sobra, porque así le pude prestar a la chica extranjera. Nos ayudamos el uno al otro a encontrar el largo adecuado. «Miau», dijo ella. «Muuu», le respondí. Y así empezamos una divertida conversación en lenguaje animal cuando, de repente, la tierra empezó a temblar. Un terremoto. En nuestro país los terremotos son más o menos habituales, pero no tan fuertes como aquella vez. Toda la clase se tambaleó y oí que en la sala contigua caían frascos de cristal al suelo, que se hacían añicos con gran ruido. Enseguida empezamos a seguir las reglas que tantas veces habíamos repetido. Como dije, los terremotos en Chile son frecuentes. Todos conocemos las reglas: 1. «Mantener la calma», 2. «meterse bajo la mesa y esperar hasta la señal de la profesora para ir tranquilamente a la puerta de la sala de clases» y 3. «seguir a la profesora por el pasillo para abandonar el edificio».

Cuando ya habíamos salido del aula, me di cuenta de que faltaba alguien: ¡la chica extranjera! Rápidamente volví a entrar, mientras oía a mis compañeros gritar: «¡Olvídate de tus cosas, tenemos que irnos!». Pero yo sabía qué tenía que hacer. ¿Dónde estaba? El aula estaba vacía. Las paredes volvieron a temblar cuando la vi en la esquina más al fondo, totalmente acurrucada en el suelo. Rápidamente me acerqué a ella, me arrodillé a su lado y le dije con una voz tranquila que no tenía que tener miedo. Le expliqué que estábamos en un edificio preparado para los terremotos, pero que teníamos que irnos igualmente. Es probable que no me entendiera bien, pero de algún modo comprendió qué quería decirle. Me puse la máscara de buey y le cogí de la mano. Pareció entenderme. Se puso la máscara de gato y salimos corriendo juntos del aula a buscar al resto de la clase, que esperaba fuera. Tendríais que haber visto la mirada horrorizada de la profesora. Yo disfrazado de buey y ella de gato, salimos ante todos los compañeros y le dije: «Vamos, ya es hora». Y nos dirigimos al resto de la clase, que se encontraba en los puestos previstos para estas situaciones. Cuando las cosas volvieron a la normalidad, regresamos al aula y la chica extranjera seguía cogiéndome la mano. Al día siguiente, compartimos el almuerzo y jugamos juntos a los animales de la granja. Después de ese día nunca volví a verla, aunque me había dicho que se llamaba Maline y que era danesa. En Dinamarca no hay terremotos, como pasa aquí. Sin embargo, a partir de ese día supe que soy una persona fuerte y que puedo ayudar a los demás cuando alguien tiene miedo de verdad. Y jamás olvidaré la sonrisa de Maline.

Incendio: La corona de Adviento

Lars Klostermann, Alemania



En Alemania tenemos una tradición muy bonita que quizás también conozcáis: los cuatro domingos antes de Navidad encendemos una de las cuatro velas que forman una corona de ramas de abeto. Normalmente, la vela se queda encendida durante todo el día y desprende una luz cálida y agradable. Así se siente mejor la Navidad y la ilusión crece semana a semana. Sobre todo el año pasado, cuando nos volvimos a quedar sin trineo porque no había nieve; todo estaba húmedo y frío. Pero mi amigo Martin y yo no perdimos la ilusión porque, al fin y al cabo, teníamos un tren muy grande. Jugamos horas y horas y perdimos un poco la noción del tiempo, pero no importaba porque mis padres no estaban en casa.

En algún momento se nos ocurrió que podíamos ampliar el recorrido del tren añadiendo mis vías. Dado que nuestras casas eran las únicas en la zona pero, por suerte, estaban una junto enfrente de la otra, me fui de inmediato a buscarlas. Abrí la puerta del jardín y, como siempre, salté el tercer escalón hacia el césped. Fue entonces cuando me percaté de la luz que asomaba de los grandes ventanales de la terraza. Sorprendido, ralenticé el paso. Me pregunté si había alguien en casa. Mis padres no tenían que volver hasta la noche. Cuanto más me acercaba a la terraza, más extraña me parecía aquella luz, que pasaba de clara a oscura, centelleando. De repente, lo vi claro. Estaba a tan solo dos metros de la puerta de la terraza y me quedé mirando nuestro salón. La corona de Adviento que estaba -o que tendría que estar- en la mesa del salón ardía en llamas. Una hoguera en medio de la mesa del salón.

Abrí la puerta de inmediato, pero me quedé parado. ¿Qué tenía que hacer? Me quedé mirando el fuego unos segundos sin saber qué hacer. ¿Pedir ayuda? ¿A quién? ¿Podría apagar el fuego yo solo? ¿Cómo? Con inseguridad, di un paso atrás y observé la situación con detenimiento. «Podría correr hasta la cocina directamente por el pasillo y coger agua», me dije. «Apaga el fuego. Confía en ti». Y salí corriendo por el pasillo, pasando por delante del fuego, hasta llegar a la cocina. Llené un cuenco con agua, volví corriendo al salón y lo eché por encima. El fuego crepitó y echó humo, se escuchó un potente siseo, pero las llamas disminuyeron. Cogí otro cuenco, y otro, y tras el tercer cuenco, el fuego se apagó. Había ganado. Había salvado nuestra casa.

Cuando, horas más tarde, llegaron mis padres y los padres de Martin, se pusieron muy contentos y se mostraron muy orgullosos de mí. Mi padre me dijo: «A tus nueve años, has sabido mantener el temple y actuar rápidamente». Y mi madre añadió: «Esto solo funciona si el incendio no es demasiado grande». Le expliqué que había estudiado al detalle que el camino hasta la cocina no fuera demasiado peligroso. La madre de Martin añadió que había hecho justo lo que había que hacer. También dijo que hay otros tipos de incendios, por ejemplo, cuando arde el aceite en la sartén, y que si se intenta apagar con agua, el incendio se vuelve todavía más grande, y que la grasa caliente te puede causar quemaduras muy graves. Si esto ocurre, hay que cubrir la grasa en llamas, poner una tapa o extinguir la llama con una manta gruesa. Martin y yo nos quedamos muy impresionados y supimos que si alguna vez nos pasaba esto, ya sabíamos qué teníamos que hacer. En cualquier caso, esa noche dormí muy bien. Había hecho lo que tenía que hacer, y esa era una sensación increíble.